



20 de febrero de 2022

*VII Domingo del Tiempo Ordinario*

## I. NOTAS EXEGÉTICAS

*1 S 26, 2. 7-9. 12-13. 22-23 El Señor te puso hoy en mis manos, pero yo no quise atender contra ti*

El suceso que narra este episodio está inserto en un bloque de relatos que tienen como protagonista al mismo David antes de gobernar sobre Israel y Judá. Es importante considerar la situación de persecución por la cual atraviesa el futuro rey, ya que Saúl, a quien muy bien David reconoce como el «*ungido de Yahvé*», tiene firme intención de asesinarlo por envidia y rivalidad.

La raíz de esta envidia surge en la admiración que gana David cuando vence al gran Goliat, además del éxito en todas las campañas que le encomienda Saúl y, por si fuera poco, se gana el cariño de toda la gente, incluso de los servidores del rey Saúl; de allí que luego las mujeres de todas las ciudades de Israel canten el siguiente estribillo: «*Saúl mató sus millares y David sus miríadas*» (Cf. 1S 18,7). Esto disgusta fuertemente a Saúl y David debe huir para salvar su vida.

La envidia que consume a Saúl contrasta con la benevolencia de David, quien teniendo la oportunidad de asesinarlo lo respeta y le perdona la vida.

**Salmo 103** *El Señor es compasivo y misericordioso.*

Este salmo, muy bello en su composición, canta la benevolencia de Yahvé, al mostrarse indulgente y comprensivo con el pecador. El salmista resalta la imagen de Dios no como un juez acusador, sino como un Padre benévolo con sus hijos, ya que Dios conoce la fragilidad de la naturaleza humana.

Este salmo es atribuido a David, tratándose de un himno de acción de gracias y de alabanza. El salmista deja contemplar la experiencia propia de haber sido milagrosamente liberado de la muerte inminente y, por esta razón, reconoce abiertamente la protección salvadora de Yahvé. Esta benevolencia divina no se limita al solo hecho de salvarlo del peligro, sino que además lo colma de “bienes” según sus deseos.

**1 Co 15, 45-49** *Somos imagen del hombre terreno, seremos también imagen del hombre celestial*

San Pablo escribe la carta a la comunidad de los corintios, con la que responde a algunas inquietudes, en este caso, sobre la resurrección de los muertos. El apóstol plantea la existencia de dos cuerpos: uno natural y otro espiritual; aquel en relación con el primer Adán y este en relación con el nuevo Adán: Cristo. La finalidad de San Pablo en hacer esta distinción radica básicamente en convencer a sus destinatarios de la existencia de un cuerpo espiritual, además del natural.

Del primer Adán el hombre comparte su naturaleza, pero está llamado a ser espiritual, y esto por la resurrección, siendo necesario el cuerpo natural para alcanzar el espiritual y parecerse así al nuevo Adán: Cristo.

**Lc 6, 27-38** *Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo*

El evangelista escribe para una comunidad mixta, es decir, cristianos venidos del paganismo -en su mayoría- y cristianos venidos del judaísmo. Estos creyentes buscaban profundizar en los fundamentos de su fe en Cristo, por lo que es comprensible que ya tenían un conocimiento básico y serio de la fe. De allí que, para la madurez de la fe de esta comunidad, se dirija previamente el discurso de las bienaventuranzas con el fin de animarlos y fortalecerlos en esta dimensión (Cf. Lc 6, 20-23), y luego, en esta misma línea, se llama la atención sobre el amor a los enemigos como la propuesta de Jesús que contrarresta efectivamente toda situación de violencia e injusticia en el mundo.

Jesús dirige a sus discípulos unas palabras profundamente hondas que encierran en sí mismas la consciencia cristiana del actuar en el mundo, caracterizado por la no violencia e impregnado por una manera de responder ante el mal con la fuerza del bien para romper, asimismo, con la cadena de injusticias en la que el mundo se encuentra sumergido y proponer otro modo de vivir toda relación humana, fundamentada en la misericordia divina. Así entonces, la invitación final que hace Jesús en este pasaje de ser compasivo como lo es el Padre Celestial (Cf. Lc 6,36) lleva a que quienes son discípulos del Señor asuman y se apropien de este mismo principio para *obtener una gran recompensa y ser hijos del Altísimo* (Cf. Lc 6,35).

## II. PISTAS HOMILÉTICAS

1. La Palabra que se nos ofrece en este domingo, está fuertemente cargada de una invitación para quienes somos discípulos de Jesucristo y que ha de configurar por entero nuestra identidad y existencia al modo del Padre: ser misericordiosos. En medio de este mundo donde las injusticias y la violencia imperan, la misericordia aparece como la solución de Dios que, al ser encarnada profundamente en nuestro corazón, lleva a que respondamos ante toda manifestación del mal con la fuerza del bien, sabiendo que así se favorece la no continuidad de situaciones de injusticia y violencia, porque asumimos otra forma de ser y obrar, que ilumina verdaderamente al mundo.
2. Hoy más que nunca, es necesario que nuestras relaciones se fundamenten en el principio de la misericordia divina para dejarnos impregnar por el modo de ser de Dios y vivir comunitariamente acorde a Él. De allí que nuestra existencia al fundamentarse en el aspecto relacional, por el hecho de convivir con los demás, ha de ponernos siempre en tónica de acoger la propuesta de Jesucristo de perdonar, amar, bendecir, rogar, dar, hacer el bien y tratar a los demás como queremos ser tratados, mejor aún si son nuestros enemigos, porque así tendrá mérito todo ello para la gran recompensa dada por Dios.
3. El mundo necesita de hombres y mujeres valientes que asuman y anuncien con todas sus fuerzas un estilo de vida diferente de lo que propone el mundo, que sean auténticos *hijos del Altísimo*, discípulos de Jesucristo, viviendo y siendo testimonio de la misericordia de Dios. De ahí la urgencia y necesidad de suplicar al que Señor suscite vocaciones sacerdotales y religiosas que irradian la misericordia a los demás e impregnen de Evangelio el corazón de las personas y comunidades, acercándolas a Dios.
4. Ahora la misericordia de Dios se hará presente en el sacrificio perfecto y único del altar, donde el Señor Jesucristo se ofrece enteramente por nosotros, para que, contemplándolo en las especies eucarísticas, no solo experimentemos su amor, sino que al recibirlo lo hagamos vida en cada momento de nuestra existencia, descubriendo que es posible transformar nuestras relaciones y entornos, encarnando su misericordia.

#### MONICIÓN INICIAL

En este séptimo Domingo del Tiempo Ordinario nos convoca la misericordia de Dios para celebrar la Resurrección y la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, invitándonos a acogerla como don de Dios para cada uno de nosotros y hacerla vida en nuestras relaciones cotidianas. Iniciemos fraternalmente esta celebración Eucarística participando consiente y activamente. Cantemos.

#### MONICIÓN A LAS LECTURAS

La Palabra de Dios nos invita a tener una lógica totalmente distinta a la que el mundo nos presenta de cara a devolver mal por mal. Abramos el corazón para acoger la misericordia que viene de Dios, que nos permite acercarnos con confianza a Él, que nos llama a participar de la resurrección de Cristo. Escuchemos con atención.

#### ORACIÓN DE LOS FIELES

*Presidente*                    Elevemos con confianza al Padre Celestial nuestras plegarias.

*R./ Señor, haznos misericordiosos*

1. Por todos los miembros de la Iglesia, para que renueven su espíritu de comunión siendo misericordiosos con todos los hombres a imagen de Jesucristo, quien amó hasta el extremo. Roguemos al Señor.
2. Por las familias, para que, acogiendo la Palabra de Dios, vivan relaciones de misericordia mutua, superando las situaciones de injusticia y violencia. Roguemos al Señor.
3. Por quienes sufren la enfermedad, para que en sus sufrimientos experimenten el amor y cercanía de Jesús y sean bendecidos con la ternura sanadora que brota de su Corazón compasivo. Roguemos al Señor.
4. Por quienes están desempleados y pasan dificultades materiales, para que en estos tiempos duros encuentren posibilidades que les permitan dignificarse a través de un trabajo estable y justo. Roguemos al Señor.

5. Por los niños y jóvenes de nuestra Arquidiócesis de Bogotá, para que a partir del encuentro con la persona de Jesucristo abran el corazón a una posible llamada a la vida sacerdotal y religiosa, y se dispongan a ser testigos de la bondad y misericordia divinas. Roguemos al Señor.

*Presidente* Acoge, Padre Bondadoso, las súplicas que te hemos presentado y permítenos alcanzar un corazón misericordioso como el tuyo. Por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.